El arte como problema, el retrato como solución

© Javier Pérez Escohotado

"Una foto es la prueba del encuentro entre un suceso y un fotógrafo. Un dibujo cuestiona sin prisa la apariencia de un suceso y, al hacerlo, nos recuerda que las apariencias son siempre una construcción con una historia".

John Berger

Con este título pretencioso, imitado de Laín Entralgo –*España como problema* (1949)- pretendo situar el género pictórico llamado retrato en una perspectiva histórica. Todo ello, por supuesto, de forma amena, entretenida, clara, conspicua y no necesariamente breve. Esta exposición tal vez no tenga demasiada importancia para la historia de la pintura o del arte contemporáneo -desde luego no para el mercado del arte-, pero la tiene para la historia de la amistad. El que estemos hoy todos los que estamos aquí lo demuestra con evidencia palmaria (16/3/2012. Hospital dels Pelegrins, Corbera, Barcelona).

"El Arte ha muerto" es una frase que se repite constantemente desde que Marcel Duchamp le dio la vuelta a un urinario público y lo llamó "fuente".

Demos por hecho que el “Arte ha muerto”, pero lo cierto es que la pintura sigue y el retrato sigue siendo un arte posible y, como vemos, practicado.

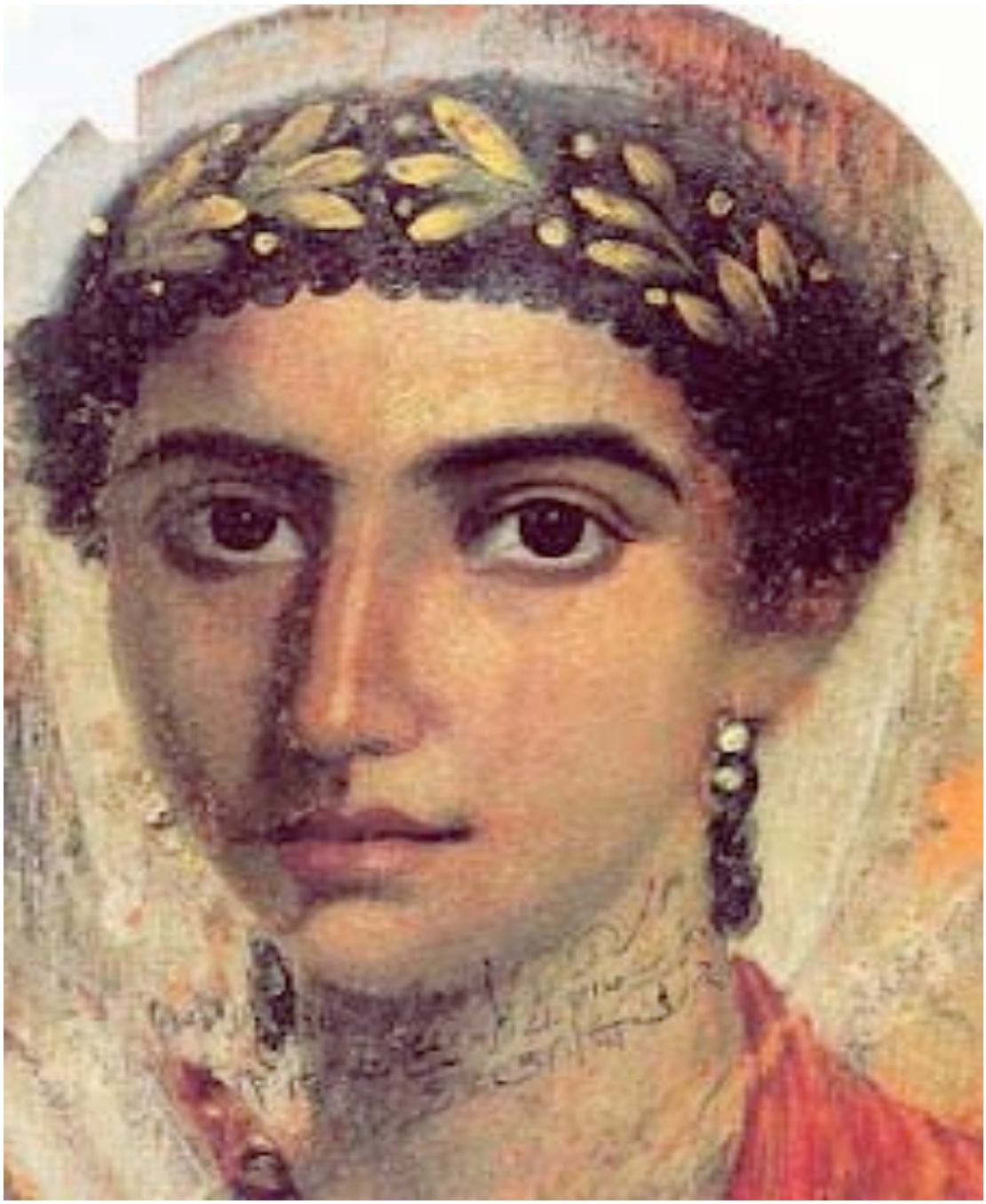
Algunas veces se ha tratado de explicar la muerte, el final del Arte -¿por qué con mayúscula?- como la consecuencia directa de la aparición y desarrollo de la tecnología, en concreto, de la fotografía. Nada más vano; incluso la fotografía que se hace hoy, por ejemplo, los retratos de Alberto García-Alix

buscan la pintura, la pose fija, desnudándose incluso del color y recuperando el blanco y negro, o sea, volviendo a sus principios: luz e instantaneidad, o sea, apertura de diafragma y velocidad de obturación, es decir, espacio y tiempo. ¿Alguien ha inventado alguna cosa mejor, en algún tiempo o en algún lugar? Después de crear los conceptos de espacio y tiempo, la aparición del iPad me parece una vulgaridad, y perdón por la rima consonante.

Pero el retrato, como no podía ser menos, es una cuestión de tamaño, que lo es, a su vez, de significado. Repasaré cuatro muestras: los retratos de El Fayum, la *Gioconda* -que tan de moda está hoy por la copia del Prado-, dos grabados de Erasmo por Holbein el Joven, el retrato seriado de Marilyn por Andy Warhol antes de

hablar de los retratos de Uma Thurman y JP, de Miquel Pescador, que podemos ver en esta exposición.

1. Los retratos de El Fayum



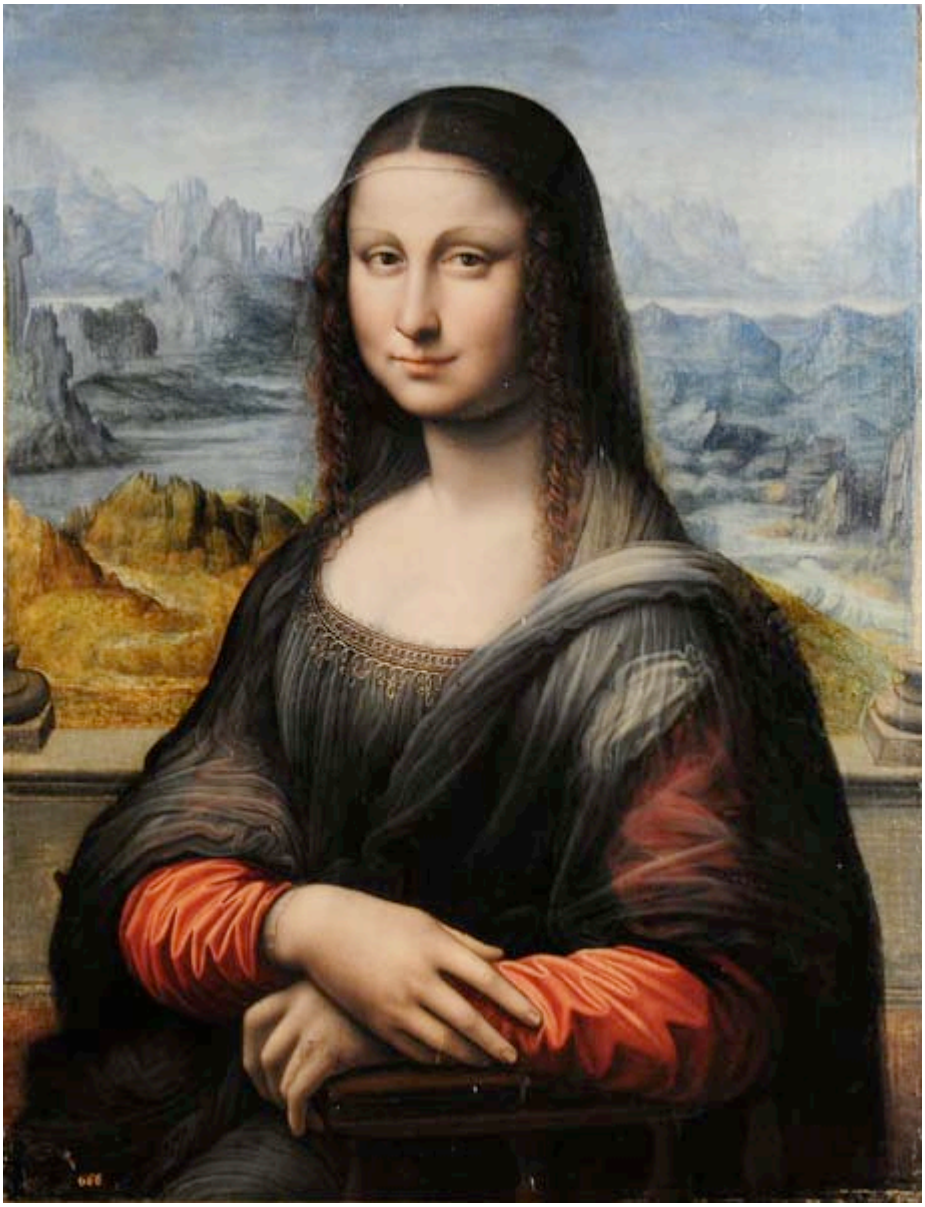
Lo retratos de El Fayum, en frase de Malraux, "arrancan alguna cosa a la muerte", y probablemente en eso debe de consistir el arte en general: arrebatarle alguna cosa a la muerte. Son retratos realizados entre el sigo I y IV después de Cristo y han aparecido por todo Egipto. Se trata de delgadas planchas de madera pintada, que se colocaban sobre la momia de los muertos a la altura de la cabeza. Pertenecen a gente acomodada, de la élite romana, pero dibujadas por pintores griegos. Estos retratos son bustos que miran de frente y están realizados en encáustica –pigmentos mezclados con cera que sugieren el acabado al óleo– o en témpera, esto es, mezclados con clara de huevo o goma arábiga, que da un acabado parecido a la acuarela. Son auténticos retratos de una clase media urbana, profesional: profesores, soldados, atletas, sacerdotes, mercaderes o floristas. El crítico de arte, pintor y escritor John Berger se pregunta sobre estas pinturas de un tamaño no mayor al 20x20:

> "Los retratos de El Fayum nos conmueven como si hubieran sido pintados el mes pasado. ¿Por qué? La respuesta es tenerlos cara a cara, mirarles a los ojos, reconocer en ellos al hermano, al vecino, al compañero de trabajo. Y saber, que podrían estar sentados a nuestro lado en el autobús".

Este verano, Miquel viajó a Portugal y, a la vuelta, aprovechó para ver precisamente en Madrid una exposición de estos retratos de El Fayum. En nuestras conversaciones durante el curso pasado, habíamos seleccionado esa muestra, habíamos soñado incluso en vernos e ir juntos a la exposición; al final, él pudo verla, y yo tuve que conformarme con comprar un libro sobre el tema: *La llamada muda* de Jean-Christophe Bailly. Pero aquí, en estos retratos de El Fayum hay una pista para poder entender el grado de experimentación plástica de los retratos y de la obra de Miquel Pescador. Sobre todo, creo yo, la fijación en la mirada.

2. La *Gioconda*, de Leonardo da Vinci

Es un óleo sobre tabla de álamo de 77x53 cm, pintado entre 1503 y 1506, y retocado varias veces por el autor. Se considera el ejemplo más logrado de *sfumato*, que es justo lo que, después de la restauración, le falta a la copia hermana del Prado. Es precisamente esta técnica del *sfumato* la que permite enfrentarse a esa mirada y a esa sonrisa sardónica. Imaginemos que Leonardo tuviera una cámara de fotos, analógica o digital, igual da. Al final, a Leonardo no le interesa la reproducción de la realidad –que domina perfectamente en sus infinitos dibujos anatómicos, por ejemplo-, sino un suplemento, un añadido, un plus, un valor añadido, que sólo él puede aportar: el enigma de esa sonrisa y la fijeza impenetrable de la mirada. Él vio en la modelo ese rasgo que sólo la pintura descubre o revela. Leonardo recurrió al *sfumato* –también cualquier filtro podría darnos algo parecido-, pero lo que verdaderamente importa, al final, es lo que no podemos interpretar con facilidad, lo que supone un reto, lo dicho, el enigma de esa sonrisa. Por tanto, no se trata tanto de resolver el problema de la representación de la realidad por medio de la tecnología, sino usar la técnica –la tecné- incluso la tecnología para proponer una realidad aumentada, una realidad modificada, una realidad personal, una realidad no vista, una realidad, por ejemplo, sin cejas y sin pelo, pero, sobre todo, unos arcos superciliares ligeramente tumefactos como los de la Gioconda.



El simple hecho de haber delineado las cejas en la copia del Prado indica la falta de genialidad del autor. Profesionalmente está muy bien resuelto el trazo, el color, la perspectiva –incluso ese paisaje del fondo por el que huir después de soñar que raptas a la modelo...-, pero falta eliminar aquellos detalles que convierten un retrato en una obra, sea de arte, o simplemente para la posteridad, en una obra que puede salvarse de la muerte, y del trabajo adocenado –del trabajo subalterno del taller-, para hacerla única.

3. Los erasmos de Holbein el Joven

Óleo y temple sobre tabla (76x51 cms)

Óleo sobre tabla 43x32

Estos retratos, en cambio, no nos miran. Están tomados de perfil y dejan ver un rostro macilento de pronunciada nariz. No son como los anteriores retratos, de frente, sino de tres cuartos o directamente de perfil. En estas dos posturas, la mirada se pierde en un lugar que no es el del espectador del retrato. Los erasmos de Holbein no miran de frente, y no sé qué resulta más inquietante. Quienes han estudiado el arte egipcio y su representación elucubran sobre el asunto de que representar a alguien de perfil lo coloca en un planto narrativo, más vivo. Y que de frente, sitúa al personaje definitivamente ante la muerte, por ejemplo, en las máscaras de los sarcófagos de El Fayum.

Yo sé que a Miquel Pescador, y a muchos otros, nos gusta la pintura pintura, o sea, el vino vino, el pan pan y el oso oso, y valgan todas las redundancias. Por eso, volver a los retratos del siglo XVI y a la pintura holandesa de interiores es un viaje obligado –él expuso el año pasado en Garbí sus variaciones sobre la chica de la perla. También, en su catálogo del año pasado, había algún homenaje a Holbein de lo más interesante.

Resulta evidente que lo que Holbein quiere aquí mostrar es el valor del libro sobre el que el Erasmo apoya sus manos o escribe. Lo demás es relativo, incluso la representación. Erasmo estaba a salvo de la belleza de la representación, pero confiaba –y Holbein también- en que la fama y la posteridad de sus obras prevalecieran sobre sus batallas contra Lutero y contra La Sorbona, y, sobre todo, que prevalecieran sobre el tiempo, sobre el inexorable tiempo que huye.

4. La Marilyn de Warhol

Para sus trabajos sobre Marilyn, sin duda, Warhol partió de una fotografía de Milton Green, el fotógrafo que en realidad creó el mito de Marilyn y que mejor supo verla, mejor, por supuesto, que Warhol

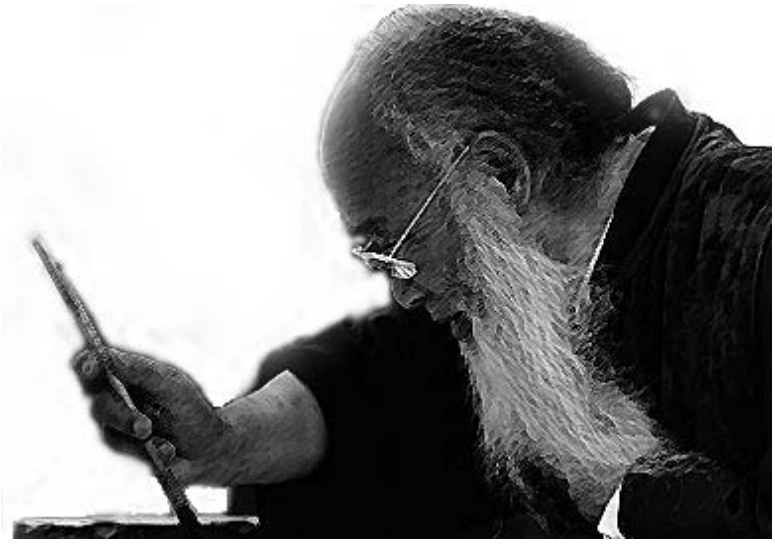
A Marilyn no la hicieron famosa los presuntos polvos con Kennedy ni su matrimonio con el jugador de béisbol Joe Dimaggio, que, por cierto, hasta su muerte llevó flores a la tumba de Marilyn. Tampoco su matrimonio con el dramaturgo Arthur Miller.

La obra de Warhol es un juego de niños, más en estos momentos en que se puede manipular cualquier imagen por medio de los muchísimos recursos virtuales que existen al alcance de todos; podemos cambiar el pelo a Marilyn, hacerle la boca más grande, ponerle un plátano entre los labios, combinar los colores, hacerla morena... En fin, un juego de niños que no merece más comentario si uno posee una buena herramienta electrónica.

Warhol parece que inventara algo, por ejemplo, la seriación; y eso algunos coleccionistas lo elevaron a categoría, sobre todo para cotizar en el mercado de arte. Pero la seriación se contempla en cualquier lugar y momento, por ejemplo, mientras se pasea por el centro de Londres, sin ir más lejos. Es una ciudad que se repite a sí misma la mires por donde la mires. Aprovecho esta ocasión para recomendaros un libro que pone a los ingleses y a Inglaterra a caldo, y es muy recomendable en este momento en que nos llaman PIGS, o sea, los cerdos de Europa (Portugal, Ireland, Greece and Spain). La autora es Flora Tristán, precisamente la abuela de Paul Gaugin. El libro se titula *Paseos por Londres* y lo ha editado Global Rhythm Press.

Warhol es y fue probablemente carne de mercado, carne de coleccionista, un ilustrador con suerte, cuyos cuadros se cotizan a la par que los de Picasso.

Pero esto puede estar cambiando. Pondré un ejemplo de algo que yo interpreto como un giro, también de los mercados y del coleccionismo, y espero que, también, de un modo de concebir la creación y el arte, y, desde luego, la vida. Es una noticia reciente (del 25 de febrero de 2012): el pintor tradicional chino Zhang Daqian



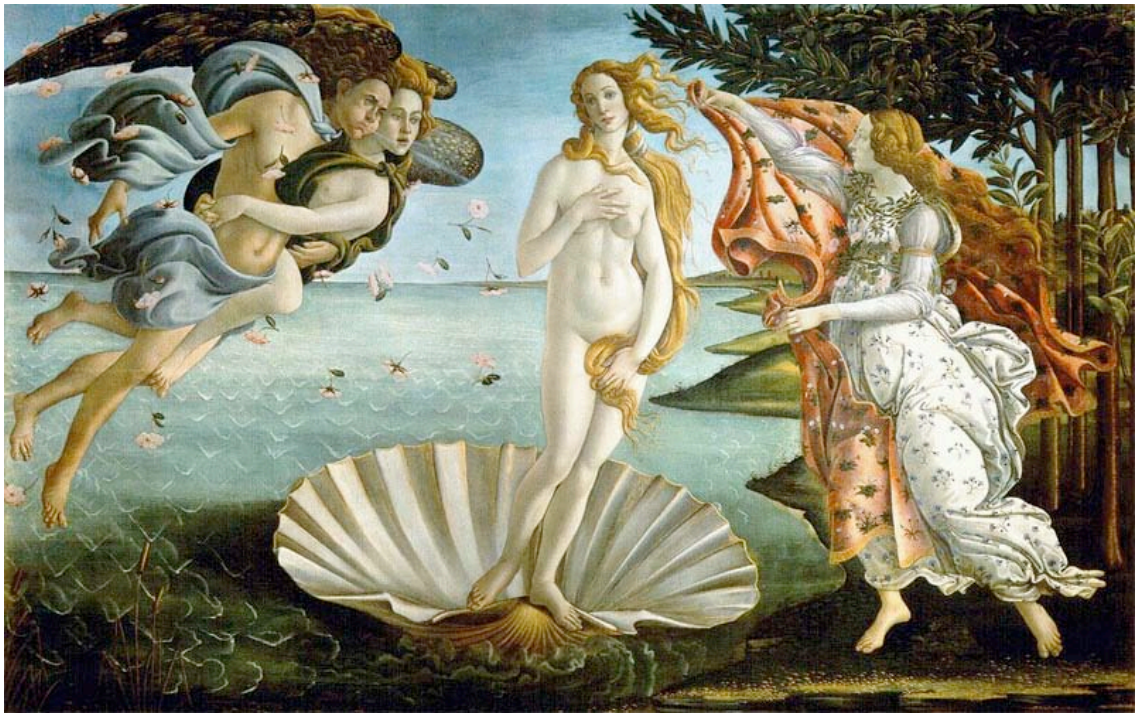
desplaza a Picasso en una subasta de arte. También, hace poco, otro pintor chino, Qi Baishi (1864-1957), se colocó en tercer lugar tras Picasso y Warhol en esas mismas subastas.

Todo esto me lleva a reflexionar sobre algo que hemos hablado Miquel y yo algunas veces. Hay que volver al oficio, hay que regresar a la realidad. Hay que recuperar la mano, el trazo, la paleta, la experimentación con las texturas, sin desechar lo que la técnica pueda facilitar. Es decir, reivindicar lo que con todo lujo de detalles el sociólogo norteamericano Richard Sennett defiende en su obra *El artesano* (2008), y su tesis sirve tanto para el pintor, para el constructor de violines o para el profesor. Toda profesión es artesanía fina.

5. Los retratos de Uma Thurman y JP de Miquel Pescador

Después de este excursus por la historia de la pintura, dejad que me detenga un momento en Uma Thurman, aunque ya me gustaría detenerme en ella un poco más.

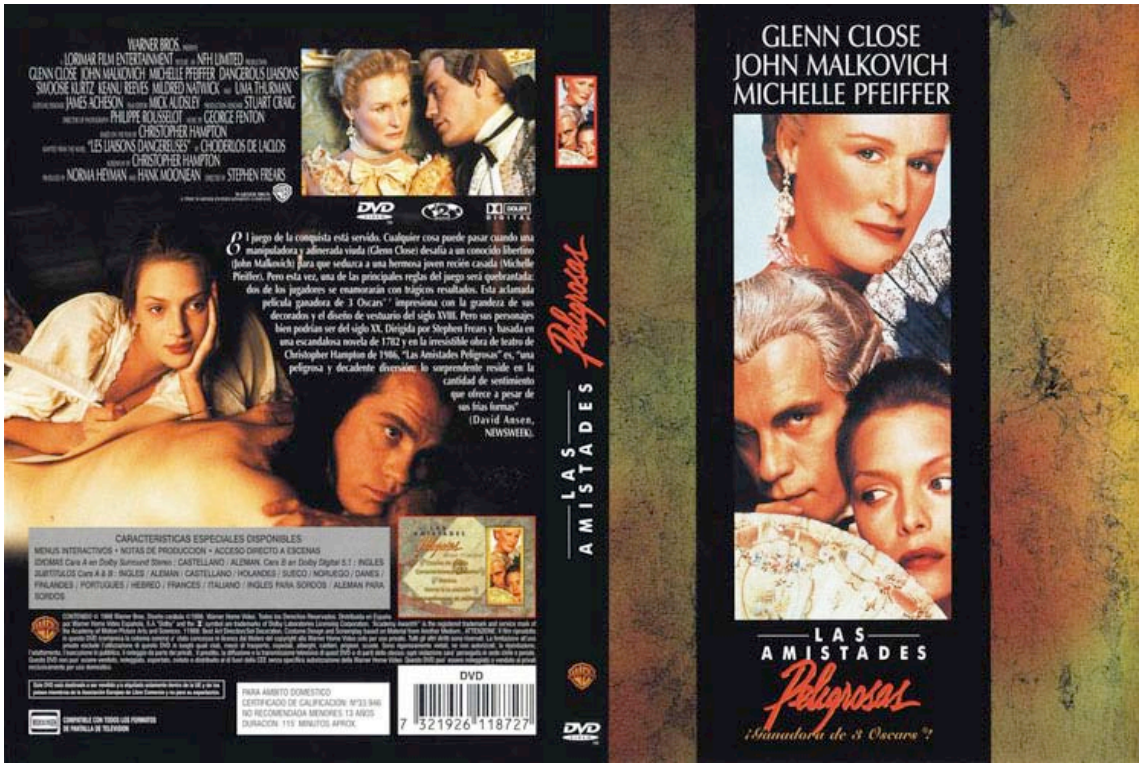
De Uma Thurman, los mortales que hemos seguido más o menos sus películas, recordamos, sobre todo, dos: *Las amistades peligrosas* (1988, con Glenn Close, Michelle Pfeiffer y John Malkovich) y *Pulp Fiction* con el amigo Travolta. En ésta, de morena y en la primera, a sus 18 recién cumplidos años, una rubia botticelliana, toda desnuda.



Las actrices deben de ser muy difíciles de fotografiar y mucho más de retratar porque las conocemos en marcha, o sea, en movimiento, y cualquier intento de detenerlas y hacer que desaparezca el gesto, la voz, su máscara, el resto del cuerpo es casi imposible o, al menos, una empresa difícil.

Miquel Pescador se ha atrevido con Uma Thurman, a la que ha eliminado, como digo, la voz, y casi el resto del cuerpo, dejándola en pura mirada, en simple busto que mira, y a un tamaño colosal para un retrato. Evidentemente el tamaño desborda el tema, pero lo focaliza en la mirada. También los retratos de El Fayum reflejaban sobre todo la mirada. Los rasgos de la boca, de la frente, de las orejas podían ser hasta intercambiables, pero queda aquella mirada que viene del reino de la muerte para seguir mirándonos.

Uma Thurman en *Pulp Fiction (*1994)



Portada de *Las amistades peligrosas* (1988)

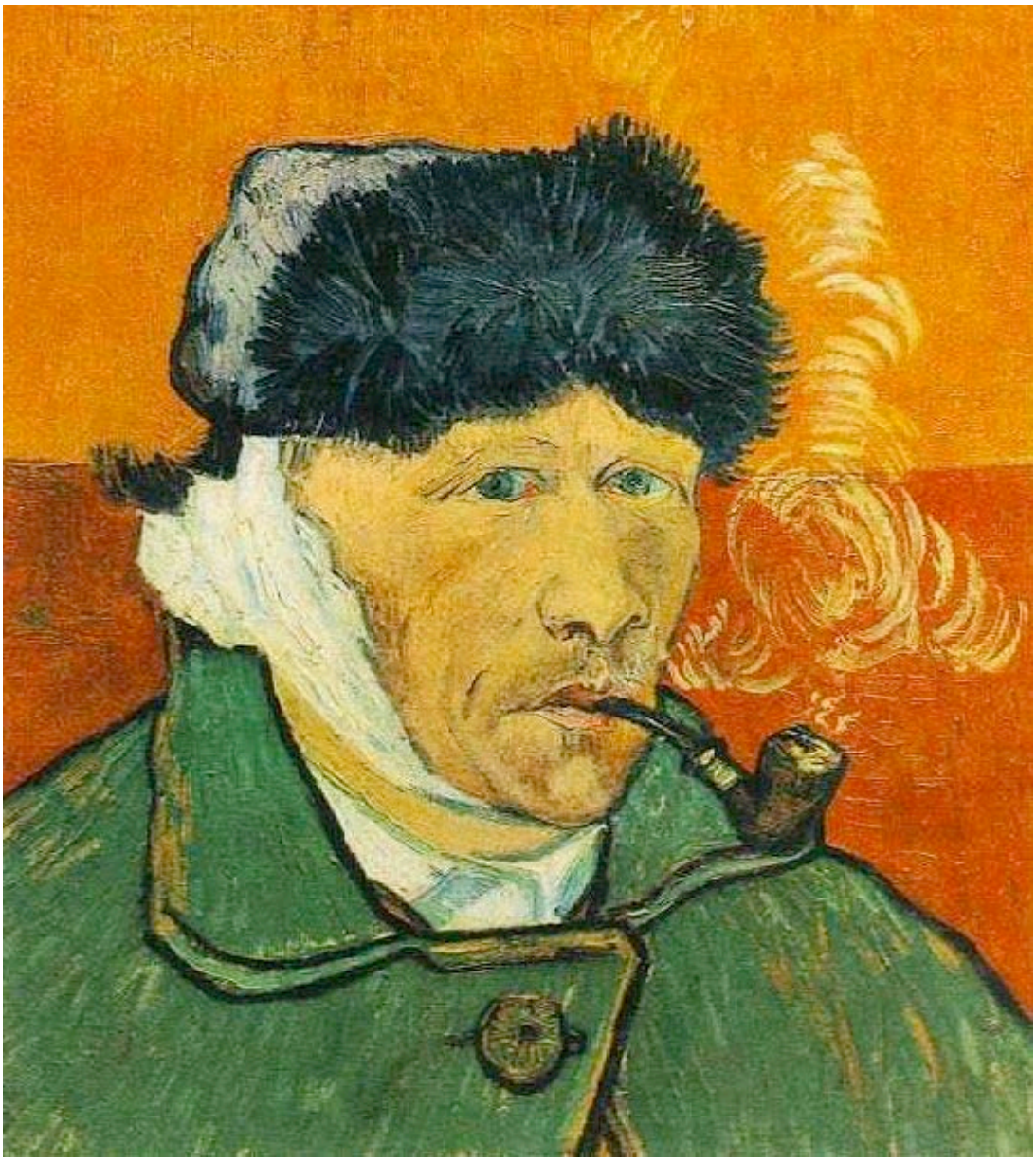
El retrato de JP

Es evidente que Pescador con mi retrato se ha excedido, sobre todo en el tamaño. Yo no soy tan grande ni tengo la cabeza tan gorda ni los pelos que me pone. Me siento una pobre víctima desatendida e ignorada, y quiero expresar mi indignación aquí, ahora que él no nos oye. Yo empecé siendo un retrato pequeñito, o sea, algo pequeñito como la canción; algo sencillo, como un carboncillo, una acuarela modesta, un oloroso óleo. Y me presté a ser su experimento para animar a un amigo a romper la cáscara de la profesión de pintor, a decidirse a dibujar y a pintar, que es lo que él sabe hacer magistralmente. Yo había imaginado un retrato normal, de 20x20, como los de El Fayum, en un momento en que yo cumplía los sesenta tacos y no tenía que justificar ya mi vanidad y ni mi egocentrismo.

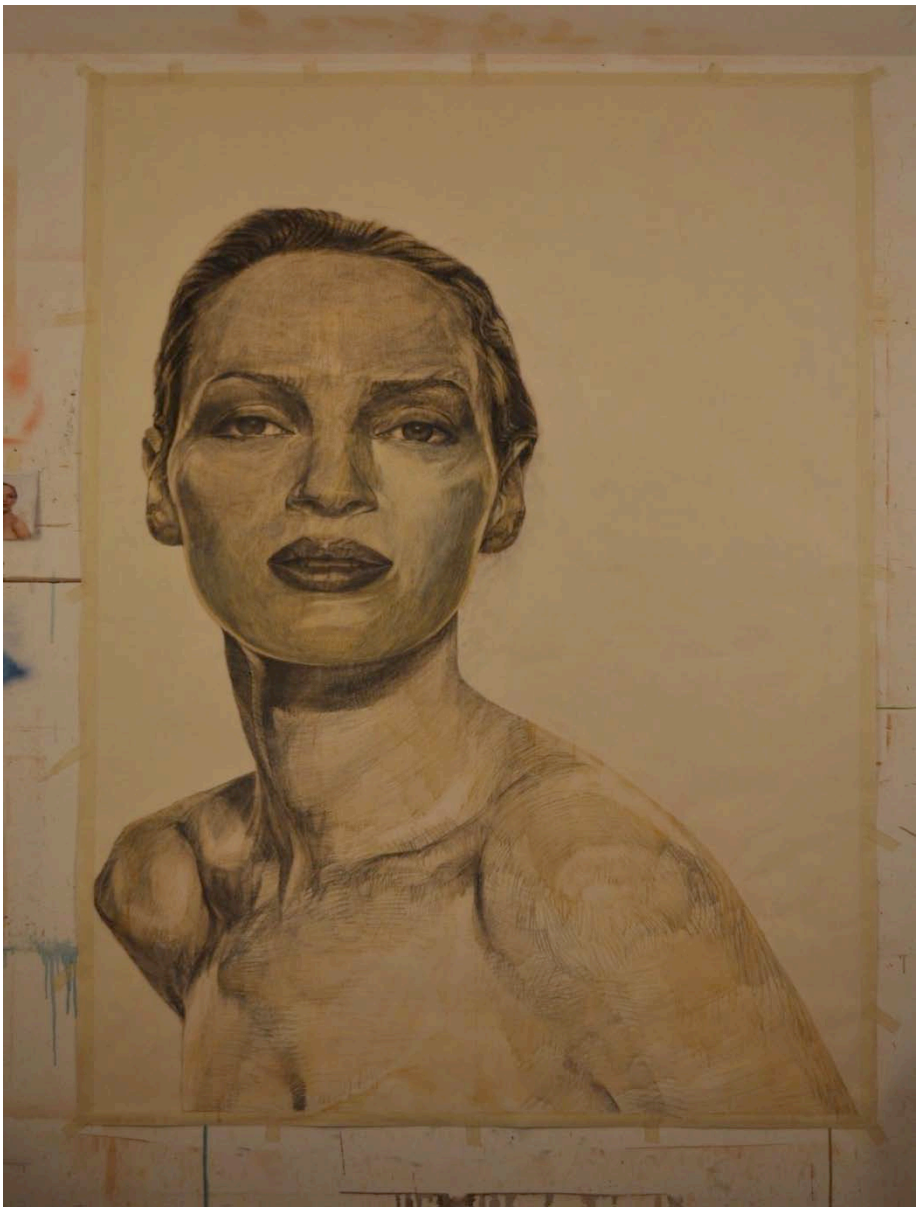
Pero no, él ha estado experimentando conmigo. Primero, se pasó del carboncillo a la témpera o no sé qué mezcla de huevo con algo más, y ha estado experimentando con técnicas diversas hasta hoy que me veo colgado en este muro. Después, utilizó unas fotografías que me hizo una vez que estuve en su casa, y las ha ido ampliando hasta que me ha dejado así, como un mural, como una valla

publicitaria, pero sin enseñar lencería. Un valla que no sabré dónde poner, porque no hay casa pequeño burguesa donde quepa esa mirada. Ya sé lo que haré: me hipotecaré y ampliaré la casa y construiré una habitación más para poder colocar este retrato; mejor todavía: encargaré un pequeño pabellón adjunto que llamaré "el pabellón del retrato dorado"... Aunque, bien pensado, tal como están los créditos...

Tampoco diré nada en concreto del retrato que Miquel Pescador ha pintado de JP; sin embargo, quiero agradecer a Miquel Pescador dos cosas: que haya evitado retratos del tipo



Y, en segundo lugar, quiero, sobre todo, agradecerle el amistoso, íntimo detalle de haberme colocado, en esta exposición, justo frente a la mirada de Uma Karuna Thurman: así estaremos toda la eternidad mirándonos.



Valldoreix, marzo 2012